

Intervención de Excmo. Sr. D. JESÚS POSADA MORENO, *Ministro de Administraciones Públicas*

Éste es un momento triste y lleno de emociones y recuerdos para nuestro amigo y querido compañero Manuel Giménez Abad.

Las intervenciones que me han precedido en este acto, emocionantes y emocionadas, de algunos de los más cercanos compañeros de Manuel Giménez Abad, y las no menos vibrantes palabras del Director del INAP, han resaltado tanto la calidad humana como las virtudes de Manuel.

Virtudes como servidor público, como destacado miembro de lo que hoy es el Cuerpo Superior de Administradores Civiles del Estado y como funcionario de este Instituto Nacional de Administración Pública.

Él entregó uno de los períodos más significativos de su carrera profesional al servicio público y mis palabras quieren ser también un múltiple homenaje a su persona.

Mi homenaje es, en primer término, de carácter personal, y lo quiero dirigir muy especial y conmovidamente a la familia de Manuel.

En los últimos años yo también había tenido ocasión de conocerle y tratarle personalmente.

En nuestros encuentros, casi siempre motivados por nuestros compromisos oficiales, de inmediato se me hacía presente la calidad humana de Manuel, su simpatía y su honestidad como político, además de su entrega como servidor público.

Por ello, me sumo a lo que aquí se ha dicho sobre su virtud humana, y mi recuerdo se tiñe ahora, inevitablemente, de la más honda tristeza.

Consuela el ejemplo de entereza de la familia de Manuel y la certeza de que sus hijos pronto continuarán por la senda que él les dejó bien marcada, pero ello no nos quita, sin embargo, el amargo poso de absurdo e inutilidad que la acción terrorista, toda acción terrorista, deja tras de sí.

A pesar del dolor, la actitud de la familia de Manuel convoca a todos a la serenidad, manteniendo nuestro esfuerzo de convivencia.

Nos han quitado a Manuel, pero no han podido acabar con su fértil semilla en lo humano, en lo intelectual y en sus acendradas virtudes como demócrata.

En mi condición de Ministro de Administraciones Públicas, desde luego, tampoco puedo dejar de expresar el mismo sentimiento de dolor —y rabia— que me produce el criminal acto que ha arrancado a Manuel Giménez Abad del escalafón de los servidores públicos.

Dolor y rabia, pero no desesperación. Porque quienes han puesto fin a su vida nada han conseguido con ello.

Como no lo han conseguido —y no se puede decir que haya faltado obstinación y pertinacia asesinas— nunca que han atentado contra ningún servidor público.

La violencia no tiene capacidad para modificar el funcionamiento normal de las Administraciones Públicas.

Amargo es también reconocerlo, pero realmente lo único que han logrado, que van a lograr en este caso, es que unas letras bañadas en sangre y oro recuerden para siempre en esta casa el último de sus servicios prestados.

Como ciudadano que soy, que somos todos, tengo también que rendir homenaje al ciudadano activo que fue Manuel Giménez Abad.

Manuel Giménez Abad, en una línea del todo coherente con su ejercicio ético personal y con su dedicación profesional al servicio público, había resuelto intensificar su compromiso con la sociedad, asumiendo puestos de responsabilidad política y de representación ciudadana.

Esa entrega ha sido —sin duda— el factor último que lo ha convertido en blanco fatal de la sinrazón asesina.

Y digo «último» porque bien sabemos todos —y sería injusto e irresponsable olvidarlo— que nadie, absolutamente nadie, ninguna persona, por aparentemente insignificante que sea la relevancia de sus funciones públicas o de servicio a la sociedad, queda al margen de tamaña sinrazón.

En cualquier caso, de nuevo lo expreso con el más profundo amargor, quienes han atentado contra Manuel Giménez Abad sabían lo que hacían: sabían que haciéndolo contra él multiplicaban el impacto y disparaban contra todos y cada uno de los ciudadanos, lo hacían contra la sociedad en su conjunto.

Y, al recordar la entrega política de Manuel Giménez Abad, tampoco puedo dejar de recordarle y rendirle homenaje como compañero del Partido Popular.

Pero éste no es un homenaje de partido.

Es, sobre todo, un homenaje desde las ideas y empeños compartidos por todos los que propugnamos la libertad, la vida, la dignidad y la democracia.

Por todos los ciudadanos que aman la libertad, entre la que se encuentra militar o no en un partido o simplemente expresar sus ideas en libertad.

En este sentido, nada hay más merecido que el recuerdo y homenaje que hoy estamos tributando a Manuel Giménez Abad.

Sin embargo, desde el momento en que el Director del Instituto me comunicó la iniciativa de celebrar este sentido acto, he estado pensando en la manera de hacer que el eco del sacrificio de nuestro compañero y amigo Manuel continúe latiendo entre nosotros.

Que continúe existiendo en los mismos ámbitos a los que se entregó como servidor público y como Administrador Civil del Estado.

Ningún otro ámbito me parecía más oportuno que el INAP, y así lo comenté con Jaime Rodríguez-Arana, que acogió con todo entusiasmo mi idea.

Por ello, hoy, antes de concluir el acto, quiero anunciar a todos que, para perpetuar ese recuerdo de forma permanente, el INAP, con el impulso y el apoyo del Ministerio de Administraciones Públicas, instituirá el «Premio Manuel Giménez Abad».

Con él se distinguirá en cada nueva promoción de Administradores Civiles del Estado al nuevo funcionario que haya realizado el mayor esfuerzo de formación durante su paso por el Instituto.

El premio consistirá en una bolsa para la ampliación de estudios en uno de los más prestigiosos institutos nacionales o extranjeros de Administración, en recuerdo de la vocación estudiosa e investigadora de aquel a quien consideramos, y consideraremos para siempre, como el mejor de los Administradores Civiles del Estado.

Él que fue ejemplo de su dedicación a la formación y perfeccionamiento de los funcionarios.

Él que entregó su vida por España y por todos nosotros.

Su entrega constituirá una renovada y siempre sentida ocasión de devolver a Manuel Giménez Abad siquiera sea un pequeño plazo de la deuda que el Estado y la sociedad han contraído con él.

A los ilustres compañeros del Cuerpo que me han precedido en el uso de la palabra, les agradezco sus palabras y, sobre todo, haber sido el alma de esta sesión.

Al INAP, a su Director y a sus funcionarios, les agradezco una vez más su permanente espíritu de servicio y les animo a seguir aprendiendo del ejemplo de quien fuera su compañero.

A la familia de Manuel Giménez Abad va, como no podía ser de otra forma, mi último pensamiento.

Deseo que este acto haya sido reconfortante, que no, desde luego, reparador de su dolor, y les expreso de nuevo el sentimiento y la solidaridad de la Administración del Estado, a la que con tanta entrega Manuel sirvió.

A todos ustedes les agradezco su presencia en este acto, y especialmente a sus hijos, que hoy nos acompañan y que, tras el inmenso dolor de la pérdida de un padre, podrán saber que la sociedad, este Instituto y yo mismo, no le olvidaremos nunca.